

siglos quizá antes de la irrupción étnica que sometió a los Egipcios durante varias centenas de años a la dominación extranjera.

La invasión de los Hyksos, en la que se cree haber estado en mayoría los pastores árabes, renovó la influencia semítica, pero bajo una forma nueva muy diferente de la que había tenido la civilización de Caldea. Por lo demás, parece que elementos muy diversos tuvieron su parte en esta invasión de los conquistadores orientales, y hasta se piensa que hubo «Scitas», es decir, Mongoles, que penetraron como dueños en el territorio egipcio y contribuyeron a formar la población nilótica. Los bustos de los «reyes hyksos» hallados en las ruinas de Sân, la antigua Tanis, se designaron primeramente como de facies semítica, y Mariette en particular los describió como tales, atribuyendo también una apariencia semítica a la población actual de las riberas del lago Menzaleh; pero un axamen más atento, dice Pietrement, demostró que había que reconocer a esos diferentes tipos caracteres esencialmente mongólicos <sup>1</sup>.

Como quiera que sea, fué tan poderosa la acción de Asia sobre Africa que, aun después de la expulsión de los Hyksos, en la época de los Ramesidas, los escritores a la moda ponían empeño en rechazar las expresiones puramente egipcias para reemplazarlas por palabras y giros de las lenguas del Asia anterior. Todos los aduladores procuraban imitar la manera de hablar de los altos funcionarios semíticos <sup>2</sup>, lo mismo que tres mil años después, en la corte de Francia, los cortesanos afectaban chapurrear el italiano para agrandar a los Concini, otros aventureros transalpinos. Precisamente en la época en que la dominación árabe se hacía sentir en Egipto, una dinastía de conquistadores «cananeos», que pertenecía probablemente a la misma corriente de invasión étnica, se había hecho dueña de Babilonia y en ella había introducido sus dioses <sup>3</sup>.

También vinieron unos extranjeros por mar; además de los Himiaritas, cuyas generaciones sucesivas se propagaron por los caminos de Etiopía, produjéronse emigraciones a través del mar Rojo, por la vía, antes frecuentada, que reúne el puerto de Kosseir a la

<sup>1</sup> *Revue d'Ethnographie*, t. III, 1884, ps. 369-385.

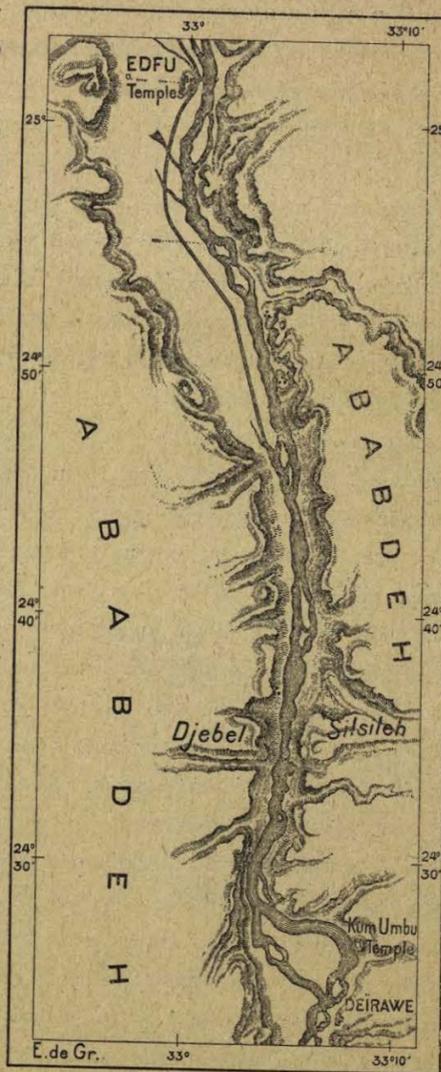
<sup>2</sup> Brugsch, *Aus dem Morgenlande*, p. 61.

<sup>3</sup> Hugo Winkler, *Die Volker Vorderasiens*, ps. 12 y 13.

gran curva del Nilo. La historia menciona también colonias de Mediterráneos que se instalaron en el delta del Nilo, sin saberse positivamente si venían de las

costas de la Cirenaica, de Sicilia, de Italia, de Cerdeña o de Creta. En todo caso llegó de Asia Menor. Las inscripciones egipcias mencionan los navegantes Kaftis, que dominaban en las islas del Mediterráneo y que vendían objetos de arte análogos a los que Schliemann encontró en las excavaciones de Micenas. No hay duda en que fueron Asiáticos y no Fenicios los que ejercieron la influencia posterior: quizá la sede de su poder estaba en Cilicia <sup>1</sup>. Los mercaderes extranjeros habían fundado ciertamente en el valle del Nilo comunidades prósperas, porque los Egipcios, que les desterraron del país hace treinta y un siglos, recogieron como botín cantidades de oro y plata, espadas, corazas y vasos preciosos <sup>2</sup>. Entre esos inmigrantes en Egipto, hubo miles y centena-

N.º 135. Edfu y el Desfiladero de la Cadena  
(Véase página 154)



<sup>1</sup> Max Müller, *Asien und Europa nach altägyptischen Denkmälern*.

<sup>2</sup> Flinders Petrie, *Contemporary Review*, Mayo 1897.

res de miles involuntarios, desgraciados cautivos negros, blancos y cobrizos, arrancados de todos los países y que se mezclaron en proporciones variables pero muy fuertes a la población residente.

Cuando se estableció el equilibrio entre las diversas razas que contribuyeron a formar el pueblo egipcio, éste se componía principalmente de gentes de color bronceado, que se llamaban «Rojos» y se distinguían claramente de los hombres de piel negra que vivían en la parte superior del río. En los orígenes de la historia escrita, el límite de separación atravesaba el valle del Nilo en la parte inferior del desfiladero de las Cadenas. En el punto en que se elevaba el templo de Teb, convertido más tarde en el Apollinopolis Magna, después en el Edfu de los modernos, allí, y no más arriba hacia la primera catarata, como se repite ordinariamente, se hacía la brusca transición entre los «Rojos» y los «Negros», entre Egipto y el país de los Nubas o «Barbardus»<sup>1</sup>.

No hay duda que la nación, compuesta de elementos muy distintos por la procedencia, recibió su sello particular del medio tan esencialmente uno que constituye Egipto: la lámina de agua sinuosa y resplandeciente regía con su continuada corriente la vida del ribeño, dándole su religión y sus costumbres al mismo tiempo que su pan. Herodoto ha dicho que Egipto era «un presente del Nilo», los Egipcios eran también obra suya. Los aluviones se volvían plantas y las espigas de trigo se trocaban en hombres.

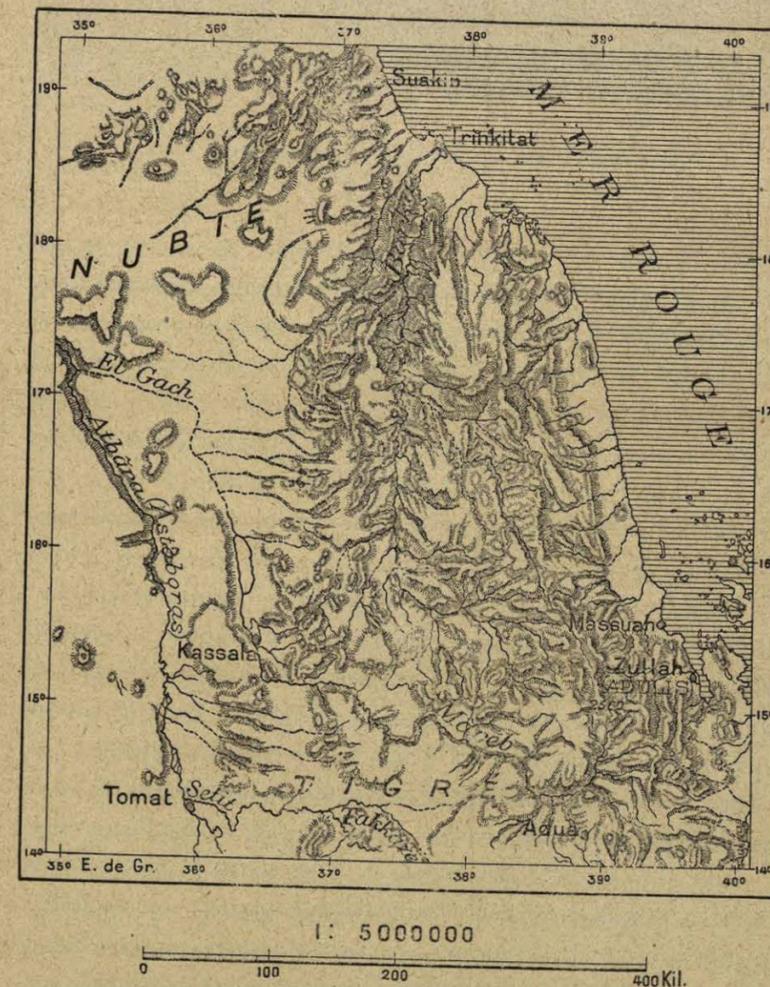
El Nilo se distingue por rasgos completamente característicos, haciéndole una individualidad muy distinta entre todos los grandes ríos de la Tierra. Primeramente se desarrolla en dirección lineal del Sud al Norte, como un meridiano visible, y sobre sus riberas, muchas tribus, ignorantes de la extensión del mundo, pudieron creer que el conjunto de las tierras estaba exactamente dividido en dos partes por el río, la serpiente mística arrollada alrededor del globo y mordiéndose la cola<sup>2</sup>. Otro hecho de los más notables en el régimen hidrológico del río consiste en que su ramificación ocupa solamente la mitad superior de la cuenca. En Khartum se reúnen

<sup>1</sup> H. Brugsch, *Aus dem Morgenlande*, p. 83.

<sup>2</sup> Felkin, *Uganda and the Egyptian Sudan*, vol. II.

las dos grandes corrientes que constituyen el Nilo: el «Río Blanco», procedente de los lagos del Africa central, y el «Río Azul», del lago Tana y de los impetuosos torrentes de los montes etiópicos. Allí, durante una parte del año, cesan las afluencias del agua, y

N.º 136. El Arbára y el mar Rojo



ordinariamente disminuye el caudal del Nilo en la parte inferior del confluente en dirección del mar, distante 2700 kilómetros hacia el Norte. Es posible, no obstante, que haya manantiales profundos, que, saliendo de las rocas laterales, sostengan en el inmenso curso



Cl. Al. Vista.

## PALMERAL EN TIEMPO DE CRECIDA DEL NILO

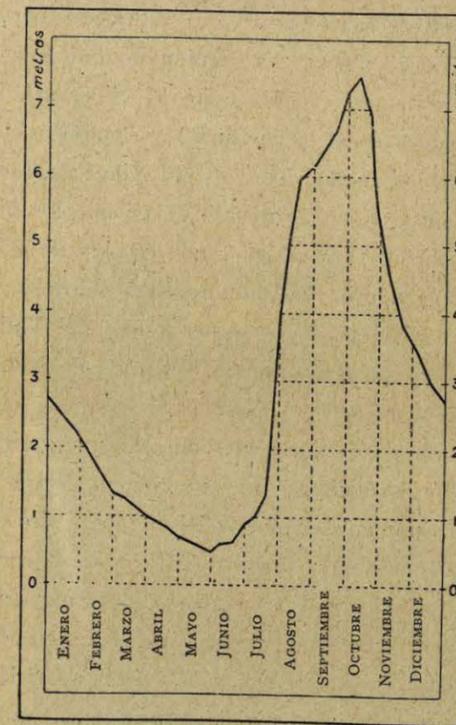
fluvial la masa decreciente del agua. Durante la estación de las lluvias, un afluente considerable hincha el Nilo entre Khartum y Berber, el Atbâra, el antiguo Astaboras, alternativamente río seco en cuyo cauce los viajeros extienden sus tiendas, y corriente soberbia, mar repentinamente aparecida. Ese río intermitente es el «Nilo» que los Etiopes se vanagloriaron con razón de poder variar su curso hacia el mar Rojo para privar a los campos egipcios de sus aguas bienhechoras: en efecto, les sería posible dirigir las aguas salvajes del alto Takkaze y del Mâreb a una depresión del desierto por donde corre el río de Barka. Esta jactancia de los montañeses no fué jamás sino vana palabra, pero fué tomada en serio por la leyenda, y hubo veces en que se le vió reaparecer en la historia como en víspera de cambiarse en realidad. Lo cierto es que el juicioso empleo de las aguas de todo el alto Nilo y de sus afluentes en las campiñas ribereñas hubiera tenido por resultado empobrecer y aun suprimir las crecidas y arruinar completamente el alto Egipto<sup>1</sup>.

Entre los dos ríos que forman el Nilo, el río Blanco y el río Azul, se opera una división del trabajo, que funciona con admirable regularidad. El curso mayor de agua, cuya corriente se extiende por los grandes lagos ecuatoriales y por pantanos obstruidos por islas flotantes, forma el caudal constante que se mantiene en toda estación, hasta en las largas sequías, merced a la escalera de rápidos y de «cataratas» que rige el movimiento de la corriente y trans-

<sup>1</sup> Scott Moncrieff, *Royal Institution*.

forma el Nilo en un verdadero canal con esclusas escalonadas. En cuanto al Nilo Azul, notablemente menor en tiempo de sequía que el río Blanco, arrastra durante la estación de las lluvias una masa líquida mucho más considerable: en gran avenida representa una corriente dos veces mayor que el término medio del bajo Nilo en sus desembocaduras: el excedente de las lluvias etiópicas por el Nilo Azul que se vierte en la Nubia y en Egipto, gracias al cual ha podido desarrollarse la maravillosa agricultura del bajo valle. A la primera y grande avenida fluvial causada por el Nilo Azul, el Atbâra añade una segunda, formando, según el lenguaje de los ribereños, un «cuerno» en el perfil regular de la inundación. En virtud del contraste que

N.º 137. Buena crecida del Nilo



presentan los ríos en su régimen y en sus efectos, se ha podido decir que el río Blanco o Bahr-el-Abiad «hace el Nilo», mientras que el Bahr-el-Azrak y el Atbâra «hacen el Egipto» mismo.

El aspecto del suelo, lo mismo que las tradiciones locales atestiguan crecidas mucho más elevadas en los tiempos antiguos. Las cataratas eran más altas y las masas líquidas retenidas por las empalizadas alcanzaban mayor altura en los valles. Hasta hay inscripciones que recuerdan el antiguo estado de cosas: en Semneh, en la parte superior de la segunda catarata, Lepsius ha encontrado señales grabadas que datan de Amenemhat III—hace cuarenta y siete siglos—